

Mercedes - 1ero 1era

EN MÍ

Estaba caminando. Pateé una de las tantas piedras que estaban esparcidas sobre el sendero de tierra. Luego miré al cielo: estaba atardeciendo, y los pájaros volaban buscando lugares para descansar. Bajé la vista. Habían unos pocos árboles secos a varios metros de mí. Bajo uno de los árboles, había un chico sentado que estaba leyendo un libro. No alcancé a ver qué leía.

Después de dudarlo un poco, me acerqué a preguntarle qué hacía solo en aquella zona. No respondió, y continuó con la mirada fija en sus lecturas.

Me alejé un poco para admirar el paisaje. Habían varios arbustos espinosos, algunos charcos de agua y otras hierbas autóctonas de la zona. No se veían muchos animales, y los cerros aparecían borronados en la distancia.

De repente, sentí que algo tocaba mi espalda. Cuando volteé, vi que el niño era el que me había tocado. Preguntó si podía ayudarlo con su francés, a lo que no supe qué responder. Yo no sabía mucho acerca de ese idioma, por lo que no iba a poder ayudarlo. Pero tampoco quería negarme.

Me quedé un rato pensando, hasta que me acordé: en casa teníamos un libro de francés que había pertenecido a mi madre. Yo nunca lo entendí, ya que nadie en la familia pudo explicarme. Pero quizá ahora pudiera darle un uso práctico, además de la función decorativa que cumplía en el estante. Le dije al chico que me esperara unos minutos, y fui a buscar ese libro.

Cuando volví, con el libro en mano, ya no quedaba nadie en el lugar. El sol se había ocultado, y todo estaba oscuro. La temperatura había descendido mucho, por lo que decidí volver a mi hogar. Allí no conté a nadie lo sucedido, y solamente guardé el libro en su lugar.

Al día siguiente, tomé el libro nuevamente y fui al mismo lugar donde había encontrado al chico. Allí estaba, sentado bajo el mismo árbol, esta vez sin su libro.

Me acerqué, lo saludé y le ofrecí el libro de mi madre. Él lo aceptó con una sonrisa, me agradeció y me dijo que me sentara a su lado para poder explicarle.

En realidad, el que me explicó fue él, ya que yo no sabía ni una palabra. Pero igual fue divertido, y él se mostró contento. Incluso me dijo su nombre antes de irse: Sarmiento, pero lo llamaban Domingo normalmente.

Muchos años después, cuando yo casi ya había olvidado a aquel niño, Faustino Sarmiento es electo para presidente de la Nación Argentina. Y yo recordé.

Durante mucho tiempo me sentí orgulloso de haberlo conocido, de haber hablado con él, de haberlo ayudado con un libro... de tenerlo en mí.